

PAZ GUERRA CRUELLS, ACUSADA DE BULLYING

Daniela Viviani

ILUSTRACIONES DE **Dannaé Álvarez Rivas**



PAZ GUERRA CRUELLS, ACUSADA DE BULLYING

Daniela Viviani

ILUSTRACIONES DE **Dannaé Álvarez Rivas**

CAPÍTULO 1

– **Q**uisiera llamar al estrado a la acusada,
Paz Amanda Guerra Cruells.

Escuchar mi nombre completo era seguro una mala señal. Rápidamente acudí al llamado de la jueza.

–¿Podría presentarse?

–Sí, por supuesto, su señoría. Mi nombre es Paz. Tengo 7 años. Me encantan las películas de villanos y me saco buenas notas en toooodos los ramos.

–¿Algo más que agregar?

–Que mi mejor amigo es Simón. A él le encantan las frutillas con crema y, cuando sea grande, quiere convertirse en psicólogo.

El fiscal se levantó de su asiento, indignado:

–¡Eso último es irrelevante, su señoría!

–Pero, ¿cómo? Si en el colegio y en los libros nos enseñan que una de las cosas más importantes en este mundo es la amistad. Y Simón es bacán.

El fiscal se agarró la cabeza.

—Irrelevante para el delito que se le acusa! —señaló el hombre con impaciencia. Pero para mí que él estaba con mucha hambre y pensar en frutillas lo había puesto peor.

—Ah, bueno, pero no se enoje.

La jueza golpeó con su martillo. ¡Lo hizo tres veces seguidas!

—¡Orden en la corte!

Y se acercó unos papeles para leerlos en voz alta.

—Señorita Paz, de acuerdo a lo que aquí dice, se le acusa de molestar en reiteradas ocasiones a su compañera Alejandra González por su tartamudez. Y que lo hace cada vez que ella pasa al pizarrón.

—N...n... no... no... e... es... ci... cier... to... su... señoría.

Apenas había terminado mi imitación cuando recibí un tremendo coscorrón de mamá-abogada defensora. «¡Ni se te ocurra hacerte la chistosita!», me susurró al oído.

—Señorita Paz, también se le acusa de molestar al alumno Roberto Rodríguez con el apodo «Ronegro» por su tez morena.



—Pero, su señoría —dije muy seria—, ¿cómo se le ocurre que yo voy a inventar eso? ¡Si al Roberto apenas lo veo!

Los miembros del jurado soltaron una risita que disimularon entre toses y carraspeos. Entonces, sonreí triunfal: había logrado ser el centro de atención.

—Orden, orden, por favor —solicitó la jueza, mientras seguía revisando los documentos que registraban mis fechorías—. ¡Vaya!, aquí también se menciona a otro afectado por sus burlas, es Juan Elc...

—¡El corto! —interrumpí para luego reírme de lo lindo.

—¡Objeción, su señoría! —exclamó el fiscal.

—Juan Elcano —corrigió la jueza, sin ánimo para mis chistes.

—Disculpe, señora jueza —dijo mamá-abogada defensora en mi nombre—. Parece que Paz ha comido más dulces de los que debería.

—¡Madre irresponsable! —acusó el fiscal, despertando la ira de, justamente, mi madre.

Los adultos se pusieron a discutir sobre dietas saludables y la jueza exclamó «¡Orden en la sala!»

como por octava vez. ¡Qué cosa más entretenida es observar a los adultos ponerse colorados! ¿Cómo es que no traje palomitas y bebidas para el espectáculo?

—Señorita Paz —insistió la jueza, a pesar del barullo—, ¿cómo se declara respecto de los delitos de bullying que se le acusan?

—¡Culpable, su señoría!

Y se hizo el silencio en la sala. Incluso mi mamá y el fiscal se quedaron callados.

—Pero, ¿cómo? ¿Se declara culpable así nada más?

—Sí, su señoría. Es que estoy cansada y si digo que soy inocente, nos vamos a demorar más y ya quiero irme para la casa —respondí muy tranquila.

La jueza se rascó la cabeza luego de escucharme. Parece que esto de que alguien se declare culpable sin pelear es algo muy extraño.

—Señorita Paz, ¿podría al menos decirnos por qué ha cometido tales faltas en contra de sus compañeros?

Vaya, nunca antes me había hecho esa pregunta, así que me la pensé un poco antes de contestar. Yo simplemente cometía esas fechorías, como lo ha-

cen los malos en las películas y los cómics. Lo mío no era venganza como la de Batman, al que le habían matado sus papás, sino que actuaba de puro aburrida.

—¿Y...? —insistió la jueza.

—Su señoría, no sé muy bien cómo explicarlo. Por eso recurriré a un ejemplo. Llamo al estrado a mi abogada defensora.

—¿Yo? —se notaba que mi mamá no entendía nada, pero como la jueza aprobó mi intervención, no le quedó más que pasar adelante.

—Mamá-abogada defensora, cuando saco una buena nota, ¿qué es lo que me dice?

—Eh..., no sé, «Felicitaciones», «Muy bien, mi niña».

—¡Exacto! —afirmé con tanto entusiasmo que todos se me quedaron mirando raro—. ¿Y se acuerda de cuando le tiré el pelo a Paula López? ¿Puede repetir exactamente lo que me dijo esa vez?

—Sí, por supuesto: «Paz Amanda, cabra de porquería, ¿cómo se te ocurre hacer semejante maldad? ¿Cuántas veces te hemos dicho con tu papá que debes ser amable con los demás? ¡Que te pille

tirándole el pelo a otra niña y te voy a dejar tres semanas sin la consola de videojuegos!»

Entregado el testimonio, retomé la palabra.

—Entonces, su señoría, y respondiendo a su pregunta, no sé muy bien cuál es la razón de mis maldades, pero, ¿se da cuenta? Si me porto bien, apenas recibo un par de elogios. Pero si me porto mal, ilas cosas se ponen más entretenidas!

—¡ALTO!

La voz de Simón se sintió por todo el estrado, como si mi amigo hablara por altoparlante.

—¿Estás segura de que eso fue lo que pasó?

Con su interrupción se acabó la fantasía del juicio. Volví a mi pieza desordenada, al lado de Simón que me miraba con sospecha, mientras se tomaba su leche con chocolate.

—¿De verdad te llevaron a una corte con juez y todo? Porque yo te vi entrar a una sala con la profesora Natalia, tu mamá y el inspector.

—Bueno... ¿Quieres un dulce?

—No me cambies el tema, Paz. ¿Qué te dijo la profesora?

De los puros nervios me eché a la boca el dulce que le estaba ofreciendo a mi amigo.

–Me dijo que estaba... «condicional».

–¡No!

–¡Sí, te digo!

Simón se rascó la cabeza, igual como lo había hecho la jueza antes. Digo, la profesora. Entonces, lo hice yo también, en una de esas, rascarse ayudaba a pensar mejor.

–Paz, eso quiere decir que haces una travesura más y....

–Me echan del colegio –agregué yo.

La situación era grave. Tanto que nos quedamos sin palabras por un buen rato.

–¿Quién quiere más leche con chocolate?

–preguntó mi madre, quien se asomó de repente por la puerta. La respuesta no se hizo esperar.

–¡Yo, yo!

–¡Yo, tía! ¡Yo!

Mi mamá nos pasó una cajita para cada uno. Bebimos, muy contentos.

–¿Y quieren más galletas? –preguntó ella, a quien ya se le había olvidado todo el discurso de la dieta saludable.

–¡Ya! –gritamos los dos.

Sin embargo, luego de saciar el hambre nos pusimos tristes otra vez, como correspondía con la ocasión.

—Pucha, Simón... No quiero cambiarme de colegio.

Como respuesta a mi súplica, mi amigo no dijo nada, pero se llevó la mano al mentón y empezó a acariciar unas barbas imaginarias, mientras ponía los ojos chinitos, como si tuviera un retorcijón. Supongo que era su manera de concentrarse. Pero luego empezó a dar vueltas en círculos por toda la pieza.

—Simón, yo creo que el baño está desocupado... ¿Quieres que vaya a revisar?

Pero él ni siquiera me escuchó. Estuvo así un buen rato hasta que, de un momento a otro, paró de girar. ¿Se le habría agotado la batería?

—¡Paz, voy a armar el plan perfecto para que no tengas que irte del colegio! —gritó de repente—. Lo hago y te cuento.

Y corrió escaleras abajo para irse a su casa, temeroso de que las ideas se le fueran a escapar de la cabeza si no las escribía luego.

—¡Simón, acuérdate de que tus papás vienen a buscarte a las seis! —le recordé desde el segundo piso—. ¿Y si hacemos las tareas mientras tanto?

—Ah, bueno ya —exclamó tristón mi amigo, obligado a reservar su entusiasmo para el regreso a casa.